

lia llegaron á una virtud eminente, tanto los que siguieron el estado del matrimonio, como los que fueron elevados al sacerdocio, ó abrazaron la virginidad.

NOCRACIO, SAN GREGORIO DE NISA Y SAN PEDRO DE SEBASTE, HERMANOS DE SAN BASILIO (1)

El primero de los hijos de santa Emelia despues de san Basilio fué Nocracio, que debió nacer hacia el año 330. Santa Macrina, su hermana, le profesaba especial cariño, y merecía efectivamente que todo el mundo le apreciase, pues se hallaba adornado de todas aquellas cualidades de cuerpo y de espíritu, que pueden hacer estimable á un hombre y elevarle á los más distinguidos empleos. No tenía más que veintidos años, cuando llenó de admiración á todos los que le oyeron en un discurso de arrebatadora elocuencia.

Pero más impresionado de la gracia que de todas las ventajas que pudiera proporcionarle el mundo, lo dejó para abrazar una vida pobre y solitaria, á la que no llevó otra cosa que á sí mismo.

Crisafo, uno de sus criados, que no sentía ménos inclinación á este género de vida, le siguió. En compañía de éste se retiró, pues, á tres jornadas del monasterio de su madre y de su hermana, á una colina que encontró á lo largo del Iris, y próxima á un espeso bosque. Este lugar, dice san Gregorio de Nisa, le pareció muy adecuado para vivir léjos del ruido de la guerra, del tumulto de las ciudades, de las agitaciones de la corte y de las inquietudes y falso brillo del

¹ S. Gregorio de Nisa, Paladio, Rufino, Teodoreto y Tillemont.

foro. Unía el ejercicio de la caridad con el reposo del retiro: pues habiendo encontrado en este paraje á dos ancianos, tan pobres como enfermos, quiso asistirlos y servirlos con sus propias manos. Los sustentaba con lo que podía recoger de la caza, pues era muy buen tirador, y domaba la carne con este ejercicio: de modo que á un mismo tiempo practicaba la caridad y la penitencia. San Gregorio de Nisa añade á estas dos virtudes la de una perfecta sumisión á la voluntad de su madre, que ejecutaba con sumo gozo, tanto para cumplir el precepto divino, como para manifestarle su extremado cariño.

Cinco años pasó de esta manera, hasta que un dia, en que había salido de cacería, se le encontró muerto juntamente con Crisafo, por un accidente que san Gregorio no refiere. Bulteau dice que fueron asesinados por unos malvados, Santa Eumelia, su madre, tuvo necesidad de toda la fuerza de su virtud, para sobrellevar este golpe tan inesperado como terrible. Al tener noticia de él, cayó desmayada perdiendo la palabra y el conocimiento; pero su santa hija Macrina la consoló, sobreponiéndose á su aflixión con heroica paciencia. La muerte de Nocracio debió acaecer hacia el año 357.

San Gregorio de Nisa, así llamado porque fué obispo de esta ciudad, puede considerarse ménos como solitario, que como hermano de san Basilio: pues no puede decirse que abrazó la vida monástica, sino sólomente que practicó durante algún tiempo sus ejercicios en el monasterio de este santo Doctor. Como era más jóven que Nocracio, no pudo nacer ántes del año 331. Su disposición para la elocuencia le hizo digno de sus hermanos, todos los cuales sobresalieron en este arte. Esto hace que Rufino le ignale en elocuencia y doctrina á san Basilio: que san Sofronio de Jerusalem le llame rio de elocuencia, y que otros escritores eclesiásticos le tributen grandes elogios.

Vivió primeramente en el mundo; como aparece de lo que dice en su libro de la *Virginidad*, en donde confiesa con amargura que la vida común y secular que había llevado le separaba, como un muro, de esta virtud. Se cree que casó con Teosabia, de quién hace grandes elogios san Gregorio Nacianceno. Era todavía muy jóven, y se hallaba dedicado á los negocios del mundo, cuando le sobrevino un accidente, que su humildad ha querido referirnos. Habiéndose retirado su madre santa Emelia á un lugar cerca de Ihora, quiso poner en una iglesia inmediata, y en la que despues fué enterrada, reliquias de los cuarenta Mártires de Sebaste, y recibirlas con grande solemnidad. Quiso también que asistiese á ésta fiesta su hijo Gregorio; pero como éste era jóven, seglar y dedicado á los negocios, se disgustó de que su madre no lo hubiese dejado para otro tiempo. Asistió, pues; pero no lo hizo hasta la vispera, y mientras que los demás pasaron la noche orando y cantando salmos, el se acostó en una casa inmediata. Los santos Mártires, sin embargo, no le dejaron dormir tranquilamente; pues soñó que quería entrar en un jardín en que se celebraba la vigilia, y que, al llegar á la puerta, encontró á unos soldados que se lo impedían, amenazándole con las varas que llevaban en las manos; pero uno de ellos, más dulce y afable, rogó á los otros que le perdonasen. Se despertó en seguido, y conoció que era un aviso de los santos Mártires por la tibieza con que asistía á la fiesta. Sus ojos se deshicieron en lágrimas, é imploró la intercesión de estos generosos soldados de Jesucristo, para que le alcanzasen las divinas misericordias. El Santo refirió todo esto en un discurso que dirigió al pueblo, para demostrar que los mártires viven verdaderamente ante el trono de Dios.

Esta visión contribuyó indudablemente á hacerle renunciar á las esperanzas del mundo, pues al poco tiempo pasó al estado eclesiástico; pero cediendo á una tentacion del de-

monio, abandonó el altar y la lectura de los Libros santos para tomar los de retórica, que enseñó á varios jóvenes. Se murmuró de él por la deserción injuriosa que había hecho de su estado, y por el escandaloso ejemplo que había dado. San Gregorio Nacianceno le escribió con tanta dulzura y caridad, como con energía y fortaleza, haciéndole comprender su falta, y consiguiendo con esta carta todo el efecto que podía desear. Desde entónces no se vió en él ninguna variación, sino que se consagró enteramente á los estudios sagrados y á la práctica de la virtud.

Se retiró al Ponto cerca de su hermana santa Macrina, y al monasterio establecido por san Basilio. Lo demás de su vida se refiere á su episcopado, cuyos deberes cumplió con tanta virtud, como otros muchos grandes y santos obispos de su tiempo. Nisa, pequeña ciudad de Capadocia, distante treinta leguas de Cesarea por la parte de Ancira, y muy inmediata á Commena, fué la silla que ocupó hacia el año 372. Es preciso no confundir esta ciudad con otra del mismo nombre en el Asia proconsular. Fué consagrado por san Basilio en su cualidad de metropolitano.

San Eusebio de Samosata escribió á este santo Doctor para manifestarle el gozo que le habia producido su promoción, al mismo tiempo que la pena que le causaba el que no se le hubiese confiado otra silla de más importancia. A esta carta contestó san Basilio, que hubiera deseado que su hermano gobernase una iglesia proporcionada á su capacidad, es decir, que abrazase todo el territorio alumbrado por el sol; pero como esto era imposible, deseaba solamente que fuese un obispo, que honrase la iglesia que se le daba, en lugar de ser honrado por ella: pues es un gran hombre no sólomente capaz de grandes cosas, sino de hacer que apareciesen como grandes las pequeñas. »

San Gregorio merecía, efectivamente este elogio; pues fué necesario hacerle grande violencia para que aceptase el

episcopado, y si fué honrado con él, él lo honró á su vez con la santidad de su conducta, con sus trabajos, con sus escritos y con sus sufrimientos. Demuestran la pureza de su fé las persecuciones que sufrió de parte de los arianos, quienes lo depusieron y desterraron, por lo cual mereció el glorioso título de confesor. Fué también perseguido por Demóstenes, vicario del Ponto y encarnizado enemigo de los católicos. A la muerte de Valente fué restablecido en su silla juntamente con otros prelados que habían sido desterrados por la fé de Nicea. Asistió al concilio que celebraron los orientales en Antioquía en 379, del cual recibió la comisión de visitar las iglesias de Arabia para regularizar en ellas los asuntos eslesiásticos. En 381 asistió al gran concilio de Constantinopla, que se reconoce como el segundo ecuménico, y en el que fué nombrado por la célebre ley de 30 de julio de 381, para ser, juntamente con Heladio de Cesarea y Otreo de Militina, el centro de la comunión católica en el Ponto. También asistió á otros dos concilios celebrados en la misma ciudad en 382 y 383, pronunciando en este último su magnífico discurso sobre la divinidad del Hijo y del Espíritu Santo y sobre Abraham. Se halló también en 394 en la dedicación de la iglesia que Rufino, prefecto del Pretorio, hizo construir en un barrio de Calcedonia, llamado la Chene, y que tomó despues el nombre de este ministro. El cuidado de esta iglesia se confió á unos monjes.

Ocupándonos ahora en sus virtudes, diremos con san Basilio, que, siendo obispo, practicaba la más estrecha pobreza. La vida que llevaba era muy austera: no se dispensaba de los ayunos ni aún en los largos viajes, en los cuales cantaba las alabanzas divinas, cual si estuviese en una iglesia ó en un monasterio. Su espíritu y su corazón estaban constantemente ocupados en la oración: el temor de los juicios divinos había penetrado de tal manera su alma, que

á todas horas meditaba en ellos. Su humildad era sincera y sólida, y casi nunca se atrevía á nombrar á san Basilio, su hermano, por considerarse muy inferior á él. Nunca se fiaba de sus luces en la explicación de las santas Escrituras, lo que le hacía decir que el sentido que les daba no eran más que conjeturas verosímiles, que sometía al juicio de sus lectores. « Mi pobreza, dice en una homilía sobre los Cánticos, no es capaz de comprender los tesoros contenidos en estas palabras; sin embargo, á fin de que no se me tache de perezosos, me someto al cumplimiento de la ley que me impone el deber de estudiar las sagradas Escrituras, y haré todo cuanto esté de mi parte para profundizar su sentido. »

No podía ménos de manifestar su satisfacción, cuando veía á su pueblo congregado en la iglesia para oír la palabra de Dios. « Hoy, decía en uno de sus discursos, es cuando reconozco á mi rebaño: hoy veo lo que puede llamarse una asamblea ó una iglesia: habeis dejado los negocios temporales para venir á tributar vuestros homenajes á Dios: continuad, hermanos míos, haciéndolo así, y procurad que no se entibie vuestro fervor. Hoy me encuentro para con vosotros en las mismas disposiciones, en que se halla un pastor para con su rebaño, y me siento entusiasmado al veros rodeando esta santa cátedra. Muy grande es el gozo que experimento, y lo manifiesto con mis palabras, como los pastores lo manifiestan con sus sencillos cantares. Por el contrario, cuando os dejais arrastrar por los espectáculos paganos, como sucedió el domingo pasado, me aflijo sumamente, y no puedo resolverme a hablar, sino que desearía huir y encontrar un Carmelo, como el profeta Elías, ó una roca deshabitada.

Hemos dicho que fué á la Arabia para arreglar los asuntos eclesiásticos de esta comarca y de la Palestina. Al hacer este viaje, pasó por Antioquía, en donde encontró al solita-

rio Olimpo, su amigo, con el cual habló de las virtudes de santa Macrina, y con cuyo motivo le rogó este solitario que escribiese la vida de tan ilustre Santa. Le preguntó también como podía llegarse á la perfección, á lo que respondió el santo obispo con un excelente tratado, en que le hacía ver que, para alcanzarla, era preciso consagrarse enteramente á la imitación de las virtudes de nuestro señor Jesucristo.

Visitó en Jerusalem los santos Lugares honrados con la presencia y muerte del Salvador. Fué también á Belen, al monte de las Olivas, al Calvario y al santo Sepulcro, experimentando en su alma un gozo santo al ver los recuerdos de la misericordia infinita que ejerció Jesucristo con nosotros. Pero el consuelo que tuvo en estas visitas de devoción no dejó de mezclarse con amarguras, á causa del mal estado en que se hallaba esta iglesia por un cisma, que no se había podido cortar, y á causa también de las depravadas costumbres de los cristianos.

Pero en medio de estas disidencias y de esta depravación, vió almas muy santas y agradables á Jesucristo, entre las cuales cita á Eustaquia, Ambrosia, y Basilisa, á las cuales escribió poco tiempo despues de su partida una carta que aún se conserva. Las dos primeras eran hermanas, y á Basilisa la llama su muy virtuosa y venerable hija. Esta carta no contiene cosa alguna que se relacione con nuestro propósito, pero hay otros dos tratados, el primero de los cuales está dedicado, al parecer, á una nueva comunidad de religiosos que había establecido en su diócesis. Les dice que no debe ser otro el fin que se propongan en sus ejercicios que la pureza del corazón, y ya hemos visto en muchos pasajes de esta historia que éste era principalmente el que recomendaban los antiguos Padres de la soledad á sus religiosos. Añade que es necesario que vivan en absoluta pobreza, y que tanto los que gobiernan como los que son goberna-

dos, deben consagrarse á cumplir la voluntad de Dios, practicando la humildad y la caridad, y progresando siempre en los caminos de la gracia. Quiere que á la austeridad del ayuno añadan la asiduidad de la oración, y les advierte que no consideren ésta como una obligación pesada, que no se cumple más que por temor, sino como un santo y dulce empleo, al que deben consagrarse por el atractivo del amor divino. Exhorta también á los que no han adquirido el don de una oración perfecta, á que lo suplan con una grande exactitud en cumplir los deberes de la obediencia y en servir á sus hermanos.

El otro tratado está dirigido á un abad de Capadocia, que le había consultado lo que debía hacer con unos religiosos que querían visitar los santos Lugares. En su virtud les aconseja que salgan de sí mismos por el desprendimiento de todo en obsequio á Jesucristo, ántes que salir de Capadocia para ir á Jerusalem. Hace constar que las peregrinaciones no son absolutamente necesarias, lo cual no quiere decir que las desapruebe, puesto que él mismo las ha emprendido, sino que son en cierto modo peligrosas para algunas personas, como aconseja la experiencia; pero en cuanto á los religiosos, asegura que no les conviene emprender largos viajes, durante los cuales tienen que mezclarse con todo género de personas, alojarse en hospederías, y presenciar desórdenes y escenas escandalosas.

Habiendo empleado san Gregorio de Nisa toda su vida con tanta utilidad para la Iglesia como para su alma, la terminó en una edad avanzada, pero no sabemos en que año. El de 394 es el último en que se habla de él en los monumentos eclesiásticos, y debía tener entónces más de sesenta y cuatro años. No es de creer que presenciase las turbulencias excitadas en 403 ó 404 por Teófilo de Alejandría contra san Juan Crisóstomo. Los griegos honran

su memoria el 14 octubre, y los latinos el 9 de marzo, fiesta de los Cuarenta Mártires. Sería muy largo exponer todos los elegios que se han hecho de él, y que pueden verse en los historiadores eclesiásticos. Baste decir que todos le daban en el concilio segundo de Nicea, en 787, el glorioso título de Padre de los Padres.

San Pedro de Sebaste fué el último de los hijos de santa Emelia, y el diezmo que ofreció á dios de la fecundidad con que había bendecido su matrimonio. Nació ántes del año 349, y poco despues perdió á su padre. Su hermana santa Macrina se encargó de educarle tan luego como salió de los brazos de su nodriza, y desde su infancia le infundió el amor de las cosas santas sin permitirle que se consagrara á estudios vanos é inútiles. Así es que le sirvió de padre, de madre y de maestro, como hemos dicho en la historia de esta gran Santa. El corazón del jóven Pedro fué qual cera blanda, que fácilmente recibió las impresiones de una tierna y sólida piedad. Ardía en el amor de la virtud, y desde su niñez se le podía considerar como un anciano, ¡ tan grande era la sabiduría que había adquirido bajo la dirección de su santa hermana! Tenía, por otra parte, una disposición tan extraordinaria para todas las cosas, hasta para las obras manuales, que hacía con la mayor perfección muchas cosas que otros no podían ejecutar sino bajo la dirección de experimentados maestros.

El conocimiento natural que adquirió de las ciencias, le bastaba, sin que necesitase hacer estudios meditados y profundos. Toda su atención la dirigió á la virtud, y para perfeccionarse más y más en ella, la estudió en su santa hermana, imitando sus ejemplos. Así es que al lado de su madre y de esta hermana llevaba una vida enteramente angelical. Entónces vivían en Annés, cerca de Iris.

En este lugar había fundado san Basilio un monasterio de hombres separado del de su hermana por este rio, go-

bernándolo hasta el año 386, en que se vió obligado á ejercer las funciones sacerdotales en Cesarea, y sucediéndole san Pedro en su dirección, así como en la del de las vírgenes de que era superiora su hermana. San Gregorio de Nisa refiere que los peregrinos eran recibidos en él con la más exquisita atención, ó mejor dicho, con la mayor caridad: pues no descuidaba en los demás, sino que frecuentemente preparaba con sus propias manos los manjares con que los obsequiaba. La reputación de su caridad era tan generalmente conocida, que en un año de pública calamidad acudió á su monasterio una considerable multitud de pobres, pudiendo decirse que con este motivo se había convertido la soledad en ciudad populosa. En tan críticas circunstancias encontró este Santo medios de hacer cuantiosas limosnas.

La dignidad de sacerdote á que le elevó san Basilio, una vez hecho obispo de Cesarea en 378, fué para él un motivo de vivir con mayor perfección. El amor que profesaba á la virtud se unió á la obligación de cumplir dignamente los deberes de su santo ministerio, y tomó nuevo crecimiento en su corazón. Aún permanecía en su monasterio, cuando murió su hermana santa Macrina; pero á fines del año 380 fué elevado á la silla de Sebaste, en la pequeña Armenia, considerándose como un designio de la divina Providencia el que un hermano de San Basilio asentase sobre el trono de Eustaquio, el más formidable enemigo de este Santo.

Nada sabemos del episcopado de san Pedro, sino que en 381 asistió al concilio ecuménico de Constantinopla; pero es indudable que fué tan digno obispo como excelente solitario y abad. Tenemos de él una carta dirigida á su hermano san Gregorio, único monumento que se conserva, y no puede ménos de sorprendernos, dice un docto escritor de nuestra época, que no habiendo estudiado las letras

humanas, aparezca de esta carta que tuvo toda la elocuencia, toda la belleza y pureza de estilo que prolongados estudios dieron á sus hermanos. Así es que san Gregorio de Nisa tenía de él tan elevado concepto, que le dedicó algunas de sus obras, y encomendó á su prudencia el que les añadiese lo que considera faltarles. Palsedio le pone en el número de los obispos, á quienes santa Olimpiada había dado sumas considerables de dinero y de tierras para sus iglesias y para los pobres. Teodoreto le coloca entre los más ilustres defensores de la fé, y entre los obispos que más se han distinguido por su celo y su sabiduría.

Ignoramos el año en que murió; pero es indudable que fué despues del año 391 y ántes que san Gregorio de Nisa. Su fiesta se halla asignada en el Martirologio Romano al 9 de enero.

FAMILIA DE SAN GREGORIO NACIANCENO

Lo que vamos á decir de la familia de san Gregorio Nacianceno no se relaciona más que indirectamente con nuestro propósito; pero puesto que hemos hablado de la familia de san Basilio, tan íntimo amigo de san Gregorio, conviene que hablemos también de la de este Santo, pues en ella hay mucho que nos intruya y edifique.

La familia de san Gregorio se componía de santos y santas, pues su padre, que también se llamaba Gregorio, se celebra por los griegos en primero de enero: su madre santa Nona es honrada por las iglesias griega y latina en 5 de agosto: su hermano san Cesáreo lo es también por

los griegos el 9 de marzo, y por los latinos el 25 de febrero, y por último, su hermana santa Gorgonia lo es en el Martirologio romano el 9 de diciembre.

Gregorio, su padre, nació de una familia pagana, y si él no tributó culto á los ídolos, perteneció, sin embargo, á la secta de los Hipsitarios, que, al mismo tiempo que adoraban á un Dios altísimo y omnipotente, mezclaban con esta verdad fundamental impiedades y supersticiones paganas, pues miéntras que despreciaban los ídolos, adoraban el fuego, y rechazaban la circuncisión, al mismo tiempo que, con los judíos observaban el sábado y la distinción de animales. Sus costumbres eran, sin embargo, muy buenas y laudables. Eran castos y modestos, dotados de rectitud y prudencia, siendo de notar que, á pesar de haberse hallado al frente de los negocios de la ciudad, no habían aumentado sus bienes con ningún género de injusticias.

Pero el Señor le concedió la gracia de abrir los ojos á la verdadera fé, y de reconocer, á beneficio de su luz, la mentira que le había seducido. Despues de Dios, tuvo su esposa santa Nona la parte más principal en su conversión, ya sea por las oraciones que incesantemente elevaba al Señor, ya por el ejemplo de sus virtudes, que eran muy eminentes. Esta mudanza fué al mismo tiempo muy notable por dos sucesos maravillosos. Santa Nona le instaba con mucha frecuencia para que asistiese al canto de los salmos, con la esperanza de que hiciesen impresión en su corazón los sentimientos que expresan estos sagrados cánticos; pero nunca pudo resolverse á ello. Sin embargo, una noche le pareció cantar en sueños este versículo del salmo 121: *Me he regocijado en lo que se me ha dicho, iremos á la casa del Señor.* Éste era un cántico nuevo para él y al referírselo á su esposa, se aprovechó ésta de tal ocasión para explicarle este sueño de una manera conforme